



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La filosofía latinoamericana: especificidad y universalidad

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1991). La filosofía latinoamericana: especificidad y universalidad. *Cuadernos Americanos*, 6(30), 127-138.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 30, (noviembre-diciembre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apodo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA: ESPECIFICIDAD Y UNIVERSALIDAD

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

EN LA DENOMINADA América Latina, al romper los amarres coloniales que la ligaban a los centros de poder ibéricos —España y Portugal—, se planteó de inmediato el problema de la identidad de sus hombres y con ella la preocupación por una lengua, una cultura y una filosofía que pudiesen ser consideradas propias. El problema de la existencia o posibilidad de una filosofía que pudiese ser designada como latinoamericana se asemeja mucho a la preocupación que surge en España a fines de los siglos XVIII y XIX por una ciencia y un filosofar españoles, es preocupación que alcanza una especial expresión en las meditaciones de José Ortega y Gasset al inicio del siglo XX, y que expresa como un filosofar del Manzanares. En ambos casos, el latinoamericano y el español parten de una conciencia de orfandad y marginación. La América Latina en relación con un pasado que considera le ha sido impuesto por la conquista y el coloniaje, España por la conciencia de su expulsión de la llamada historia universal protagonizada por la Europa Occidental, la Europa al otro lado de los Pirineos. Pueblos que se sienten marginados por la conquista y el coloniaje o por apartarse de la historia que sigue ya otros rumbos.

Los problemas de identidad, que se expresaran en la América Latina al romper políticamente con los centros de poder iberos, surgen en los mismos inicios de la entrada de esta región a la historia que se venía haciendo en Europa. La historia de pueblos que se expande al resto del mundo y, con ello, se convierte en universal y al imponer la propia identidad de sus hombres pone en duda o entre paréntesis la identidad de los hombres de pueblos encontrados en tal expansión, incluyendo los de los pueblos que se forman como resultado de tal expansión. Problema que ya se plantea filosóficamente en el siglo XVI en la Universidad de Salamanca a partir de los

debates de Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas respecto de la racionalidad y con ello de la humanidad de los entes con los que se han tropezado descubridores, conquistadores y colonizadores en la región de la tierra bautizada como América. ¿Qué es este ente?, ¿hombre o bestia?, ¿un simple homúnculo? Así la filosofía se inicia en la América bajo coloniaje, con el problema de la identidad de sus hombres, que ha de continuar a lo largo de la historia colonial y se replantea con angustia al romper esta región con el coloniaje. ¿Qué somos?, pregunta Bolívar, ¿indios o españoles?, ¿americanos o europeos? Y es a partir de esta interrogante, que se continúa a lo largo del pensamiento y filosofar latinoamericano, que surge el problema de la existencia o posibilidad de una lengua o literatura propiamente latinoamericana, así como un filosofar igualmente latinoamericano. Y más ampliamente sobre la existencia o posibilidad de una cultura que puede ser designada legítimamente como latinoamericana.

La situación de dependencia de la que se parte hace que tal problemática se plantee de abajo hacia arriba, de lo que se es concretamente a lo que se debe ser universalmente. La incluíble pero confusa identidad del hombre que se interroga parece obligarle a optar entre sus diversas y encontradas expresiones de identidad; y la preocupación por ser otro de lo que se es, para superar la confusión resultado de una indeterminación. La preocupación central será el poder ser otro de lo que se es, ser como el otro que desde lo alto invita a asemejarse o, al menos, a parecerse en lo posible. El hombre del nuevo mundo, mitad indio, mitad español, o montado entre dos o más culturas. La cultura materna indígena y la paterna del conquistador y colonizador. Querer ser como el padre y negarse a ser como la madre en el inútil empeño en que es rechazado por la stirpe paterna que ve en la integración de tan encontradas identidades corrupción, rebajamiento de lo propiamente humano. La corrupción, el rebajamiento de lo humano, pecado original de lo que está fuera de los centros de poder. Fuera de lo humano y la cultura por excelencia, y por ello ajeno al auténtico reflexionar o filosofar que no puede darse en esta región por razones obvias. La obviedad que implica el no pertenecer a un mundo con un modo de ser considerado como auténtico, el modo de ser de lo humano por excelencia.

La universalidad está, así, por encima, más arriba del hombre concreto como lo es el latinoamericano. Más allá de lo propio que por su origen está impedido de alcanzar lo auténtico. Sin embargo, este mismo modo de ser, al que no se pertenece, este estar

más allá de los hombres de esta región del mundo en América y otras también al margen de lo humano y la cultura por excelencia, han partido también de una forma de identidad concreta, de un modo de ser concreto, como lo es ineludiblemente el creador de la cultura europea y occidental, la cultura que a sí misma se califica como la cultura por excelencia. ¿No quiere esto decir que está equivocado el enfoque? ¿Por qué buscar arriba, fuera de sí mismo lo que puede estar dentro de sí mismo? ¿Acaso no es esto lo que han hecho y han estado haciendo los autores de la cultura, la literatura y la filosofía calificadas de excelencia? Partamos de sí mismos, dicen ya el mismo Simón Bolívar, Andrés Bello, Victoriano Lastarria y otros muchos pensadores de la región americana. Hagamos lo mismo que los europeos, imitémoslos, pero no en los frutos de su propia meditación, sino en la meditación misma. Partamos de sí mismos, reclama Andrés Bello desde Chile, tal como lo hacen los europeos. No se trata, agrega, de "que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa, lo que se quiere es que veamos en ella lo que debemos ver, lo que concuerde a nuestra propia experiencia histórica y cultural, y no buscar allí lo que no puede ser encontrado, lo que no somos". La filosofía en Europa es una filosofía o reflexionar sobre la historia y el hombre de Europa; por ello la filosofía de esta nuestra región no puede ser semejante a la que ha resultado en Europa partiendo de su propia concreción, del ineludible modo de ser de sus hombres y pueblos. Tal filosofía puede ser guía pero no expresar lo peculiar de nuestra región. "¿Podemos hallar —pregunta Bello— en esta filosofía a nuestro pueblo con sus accidentes y modo de ser característicos?" "¿No se da en esta filosofía la filosofía de la historia de toda la humanidad?" Por supuesto que no. Los pueblos de esta América no son expresión de lo humano en abstracto, sino de lo humano en concreto. Por ello el hombre de esta región no es el hombre que aparece en las filosofías de las historias elaboradas por Europa: Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instintos peculiares". "¡Jóvenes chilenos —agrega Bello— aprended a juzgar por vosotros mismos: aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes, a lo menos en los raudales más cercanos a ellas!". "Ésa es la filosofía que debemos aprender de Europa". Hacer lo que Europa busca en sí misma, en lo que es y a partir de este conocimiento crea y asimila lo que no es. Tal es lo que debemos hacer en América. Hacer del propio saber un filosofar que busque dentro de sí lo que se es. Buscar en el fondo lo que de universal tienen entre sí todos los hombres en su obligada relación con otros hombres.

Contemporáneo del venezolano Bello es el argentino Juan Baustista Alberdi, quien habla abiertamente de una filosofía americana, de la filosofía propia de esta región, haciendo lo que hace toda filosofía, esto es, partiendo de la propia e ineludible realidad del hombre que reflexiona. Todo filosofar es un filosofar que parte de lo concreto, de lo que es el hombre que hace filosofía en cualquier región de la tierra. No es una filosofía universal abstracta a la que hay que aspirar, sino a un filosofar que sobre lo concreto alcance la universalización al sacar a flote problemas que pueden ser los de otros hombres situados en circunstancias semejantes; obligando a darles soluciones concretas y que por concretas pueden ser también las de otros hombres en situaciones semejantes. ‘No hay, pues, una filosofía universal —dice Alberdi— porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filosofía, ha tenido su filosofía peculiar, que ha cundido más o menos, que ha dudado más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela ha dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano’.

De aquí dedujo Alberdi la existencia de una filosofía de la región americana y latinoamericana. ‘Nuestra filosofía —escribe—, pues, ha de salir de nuestras necesidades’. ‘¿Cuáles son los problemas que la América está llamada a establecer y resolver en estos momentos?’, pregunta y contesta. ‘Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político; son los de la organización más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre en el suelo americano’. ‘De aquí que la filosofía americana deba ser esencialmente política y social en sus objetivos; ardiente y profética en sus instintos; sintética y orgánica en sus procedimientos; republicana en su espíritu y destino’. Esto es, deberá partir de la problemática que la realidad y la historia han planteado y plantean al hombre de esta región, la problemática de su propia dependencia, la de la encontrada identidad que resulta de ella, la de la política que ha de adoptar para superar la ambigüedad de la supuestamente encontrada identidad. La filosofía de esta región, como la de la llamada filosofía universal, ha de partir de sí misma, de su región y su ineludible problemática. Un filosofar que en su ineludible situación, en una historia que es ya universal, ha de partir también del conocimiento de la problemática de toda filosofía, las soluciones que ha encontrado la misma, pero no por su copia o repetición, sino como experiencia.

Hacer lo que hizo Platón en su momento, como lo fue el enfrentar el problema de la crisis del orden griego expresado en la *polis*; Aristóteles enfrentaría el problema de la ampliación de una ecumene que se universaliza por la acción de su discípulo Alejandro. Agustín de Hipona enfrentará los problemas que plantea la asunción del cristianismo en los moldes de la cultura grecorromana. Descartes tratará de superar los problemas de la razón dividida en una cristiandad que se ha dividido también, la del viejo orden cristiano frente a una filosofía que pone el acento en el individuo. Hegel enfrentará la problemática originada por la Revolución Francesa en 1789 en su proyección imperial con Napoleón. En fin, problemas que plantea la realidad concreta, como se plantean en esta América en los mismos inicios de su incorporación a una historia que por ello se hace universal. De la misma forma como originó a sus propios filósofos como Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Kant, Hegel y otros, la filosofía en América tendrá sus propias filosofías, las propias de pensadores que no tienen por qué ser eco y sombra de otros, las propias de un reflexionar que parta de sí mismo.

A la universalidad del filosofar no se llega ascendiendo en la búsqueda de abstracciones consideradas como modelos por alcanzar y realizar. A la universalidad se llega por lo profundo, partiendo de la especificidad del hombre, de hombres y pueblos que reflexionan buscando en sí mismos la solución de sus ineludibles problemas, como lo son los problemas de identidad que se han planteado a los latinoamericanos y lo que se ha planteado al filosofar español, originados en la peculiar e ineludible concreción, tal como obviamente se originó el filosofar considerado sin más en todas las etapas de la historia de la filosofía.

En el caso latinoamericano e ibero se trata de una problemática que no se da en la filosofía de la Europa al otro lado de los Pirineos ni en la América al otro lado del río Bravo. En estas regiones se parte de la conciencia del hibridismo que se considera ha de ser superado optando por una de sus partes o anulándolo en su totalidad. El hibridismo que se inició en la Península Ibérica a partir del año 771, cuando hombres de otras razas y culturas imponen a sus pobladores el largo dominio de ocho siglos, como después la conquista ibera lo impondrá a América a partir de 1492, en el mismo año en que termina la penetración árabe en Iberia. Hibridismo que da origen a las preocupaciones por una identidad que parece imposible de conjugar. "¿Indios o españoles?", se pregunta Bolívar al inicio del

siglo xix. “Moros o godos”, “mediterráneos o germanos”, se pregunta Ortega al iniciarse este nuestro siglo xx, dándose origen, en una y en otra región, al uno y al otro lado del Atlántico, a un filosofar peculiar, pero no más peculiar que el de cualquier otro filosofar por universal que éste pueda parecer. Ocho siglos de dominio en la Península Ibérica y tres en el continente americano, que obligaron a convivir a hombres de razas y culturas distintas y dieron de este modo origen a ese hibridismo o mestizaje al que se agregaron los del África Negra, raza arrancada de sus orígenes para ser esclavizada; igualmente del Asia, de donde emigran por el Pacífico, creándose ese extraordinario mestizaje que el mexicano José Vasconcelos llamó raza cósmica, raza de razas, cultura de culturas. Mestizaje calificado por los centros de poder colonial y neocolonial como la negación y la corrupción de lo que se presentaba como lo humano y la cultura por excelencia. Y frente a un filosofar que no fue considerado como tal por los mismo centros, planteándose la problemática de la relación que guardaba lo específico, lo propio del hombre de esta región con la supuesta universalidad a partir de la cual se ponía en entredicho la propia y concreta humanidad de esos pueblos.

Ha sido a partir de este regateo de humanidad que surge el preguntar por una lengua, una cultura y un filosofar que pudiese ser considerado como auténticamente latinoamericano o español, un filosofar no menos auténtico que el que originó la llamada filosofía universal en el mismo inicio de su historia. Porque el preguntar propio de esta región es tan auténticamente filosófico como el preguntar que se hicieron los filósofos griegos frente al cambio. Pregunta sobre la identidad del ser que pregunta, sobre la identidad o ser del que interroga frente a una naturaleza cambiante y una sociedad igualmente cambiante. ¿Qué es lo que permanece en el cambio natural? ¿Qué es lo propio del individuo en el cambio social? Problemas de identidad, preguntas ontológicas de las que dependía la existencia misma del que interrogaba. En ello le va la existencia al hombre sobre el que se han planteado problemas como los del siglo xvi en Salamanca. ¿Es o no un ente de razón? ¿Es hombre o bestia? Aristóteles decía que lo que hace del hombre un hombre y le distingue del resto de la naturaleza es la razón. Por ello, si la razón es puesta en duda, como se pone su capacidad para reflexionar como otros hombres, lo que queda en duda es la humanidad misma del interrogante. No se trata tanto de saber si se es indio, español o la suma de ambos, no se trata de saber si se es

americano, europeo, africano o asiático, sino simplemente si se es o no hombre. Y por serlo, con capacidad para reflexionar, filosofar en la búsqueda de soluciones que se quisieron definitivas a los problemas que se plantean a este hombre como a todos los hombres, cualquiera sea el lugar y el tiempo en que se encuentren. Un filosofar, un racionalizar que no tiene por qué ser copia siempre incompleta de otro razonar o filosofar. Razonar o filosofar a partir de la propia y concreta realidad y, a partir del mismo, capacidad para comprender y hacerse comprender por los otros. ¡He allí la verdadera universalidad! La que se alcanza comprendiéndose como hombre para poder así comprender a otro hombre. Lo que se es, y lo que el otro es en concreto.

La antigua preocupación por la existencia o posibilidad de una filosofía propiamente americana o latinoamericana ha dejado de serlo desde hace décadas para la filosofía de esta región. Igualmente anacrónica es la preocupación respecto de la capacidad del hombre de esta región para razonar, reflexionar o filosofar, y con ello la posibilidad de que su humanidad sea reconocida. No se pide ya reconocimiento alguno; no se reclama el reconocimiento de una supuesta mayoría de edad. Simplemente se sabe que se es hombre, como todos los hombres; un hombre concreto y como todos con capacidad para razonar o filosofar sobre sus propios problemas y a partir de los mismos saber de la relación que éstos guardan con los problemas de otros hombres. El filosofar de esta región no depende del buen repetir, balbucir o barbarizar lo hecho por otros hombres respecto de sus problemas. Los problemas de los hombres de otras regiones de la tierra son también nuestros problemas, en cuanto son problemas que se plantean a los hombres desde los diversos modos de ser. No se acepta ya, como se aceptó en el pasado, que sólo sea posible filosofar en alemán, francés o inglés. Se puede filosofar, igualmente, en español, ruso, japonés, en cualquier forma de expresión de lo humano. El lenguaje, todo lenguaje, es sólo capacidad para comprender y hacerse comprender.

No se aspira ya a ser como los otros, anulando la propia y concreta identidad. No se puede aspirar, como sucedía en el pasado inmediato, a ser como los americanos de la América del Norte, ni a ser europeos, sino simplemente a hacer lo que estadounidenses y europeos han hecho a partir de la solución de sus propios y concretos problemas. La pregunta respecto de lo que es el hombre de esta región tiene ya una sola y natural respuesta. El hombre de esta región es simplemente un hombre. Un hombre como todos los hombres, con posibilidades e impedimentos a partir de cuyo

conocimiento podrá ampliar unas y reducir otros. La universalidad de estas soluciones depende de la relación que las mismas guarden con los problemas de los otros hombres y con sus obligadas soluciones. No más, pero tampoco menos.

“Estamos al fin solos, como todos los hombres”, escribe Octavio Paz en su meditación sobre la identidad del mexicano en *El laberinto de la soledad*. “Nos aguarda una desnudez y un desamparo”, agrega. “Allí en la soledad abierta nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos por primera vez en nuestra historia contemporáneos de todos los hombres”. Esto es, a partir de la toma de conciencia de nuestra propia concreción, nos encontramos con otros hombres, igualmente concretos. Carece ya de sentido plantear problemas respecto de una identidad que llevamos con nosotros como la llevan todos los hombres de la tierra. Somos simplemente hombres y como tales capaces de reflexionar sobre nuestros problemas, que pueden también ser los de los otros hombres.

¿Qué somos entonces? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Africanos? ¿Asiáticos? Somos todo eso. No somos españoles aunque llevamos al español dentro de nosotros como llevamos al indio. No somos europeos, ni africanos ni asiáticos aunque llevamos a todos dentro de nosotros mismos. Somos pura y simplemente americanos como hombres concretos, parte de una región de la tierra en la que se han dado encuentro hombres y culturas de todas las regiones de la tierra. “Nada de lo humano nos es ajeno”, decía el mexicano Alfonso Reyes. No tenemos entonces que elegir, que optar por una parte de nuestro diverso ser en detrimento de las otras. No se trata de restar, sino de sumar. Es a partir de esta concepción que se cancelan preocupaciones que tuvieron su origen en los largos siglos de dependencia colonial. Por ello, la filosofía en Latinoamérica deja de ser preocupación respecto de la identidad del que la hace y se transforma en filosofía sin más. Un filosofar para el cual los múltiples problemas de lo humano están estrechamente ligados y obligados por ello a buscar soluciones a reserva de su inutilidad. Pero esto es el filosofar, el afán inútil por el Dios, que diría Sartre.

El filosofar en Latinoamérica se enfrenta ahora a un mundo extraordinariamente interdependiente en el cual las diversas identidades que lo forman han de hacerse solidarias. Filosofar frente a un nuevo y más amplio sentimiento de orfandad que se hace ahora sentir a lo largo de la tierra como antes en Latinoamérica al romper los amarres con el coloniaje. Los latinoamericanos obligados a

actuar por sí mismos sin esperar que otros hombres, otros pueblos, hagan por sus pueblos lo que tendrán que hacer por sí mismos. Un sentimiento que es ahora planetario. Los problemas de identidad se plantean ahora a todos los pueblos de la tierra, que han de conocer el justo lugar que les corresponde en el contexto total de lo humano en sus dimensiones universales. Si ayer el latinoamericano preguntaba sobre su propia identidad en relación con los centros de poder colonial en Norteamérica y Europa, como lo han venido haciendo los pueblos del llamado Tercer Mundo, ahora se plantean estos problemas a los mismos hombres que ayer se consideraban la máxima expresión de lo humano y su cultura. Son estos mismos los que ahora se interrogan, poniendo en entredicho sus propias pretensiones respecto de la universalidad de sus expresiones. Ahora hay que saber qué es cada hombre, cada pueblo dentro de un horizonte de lo humano que abarca al planeta en su múltiple e ineludible diversidad.

Los acelerados sucesos que se están viviendo en este fin de siglo y de milenio obligan ahora a una reflexión auténticamente planetaria. Los problemas del hombre ya no son circunstancias; de una y otra forma están ligados entre sí en una cadena que de explotar sería de consecuencias catastróficas para la humanidad. Están en crisis las ideologías, pero no es éste el fin de las ideologías; termina una historia, pero no es el fin de la historia. ¿Qué ideología surgirá y dominará? ¿Qué historia es la que va a empezar? Son ya preguntas que, de una o de otra forma, se viene haciendo la filosofía con sentido universal, filosofía de la que es parte ineludible el filosofar de esta América. Habrá por ello que revisar, volver sobre sí mismo, buscar lo propio y a partir de allí lo que se tiene de común con otras expresiones de lo humano igualmente concretas. Sólo de esta forma se podrá superar la crisis que como totalidad se plantea al hombre de nuestros días. En este campo el filosofar latinoamericano tiene una experiencia secular por lo que ha de ser útil para un filosofar que dé una respuesta total a lo que se planteó como problema regional. Ya no se trata ahora de preguntarse si existe o no una filosofía latinoamericana, sino de preguntarse si existe o no una filosofía capaz de tomar en cuenta todas las expresiones de lo humano, para dar respuesta a sus múltiples problemas.

Es en relación con una situación ya planetaria que se están planteando los problemas específicos de la América Latina. Problemas relacionados con las mismas soluciones que a sus problemas se están dando en Europa, en relación con la caída de muros como los de

Berlín o de las murallas que separaban a la Europa Occidental de la del Este. Han caído muros y murallas de contención para no dejar salir. Se habla allí de una extraordinaria experiencia de la libertad, que derrumba muros y murallas y pone fin a tiranías. Tiranías que fueron engendradas en las obligadas soluciones que se dieron pueblos explotados por un capitalismo salvaje. Fue frente a este capitalismo que surgió el socialismo real, el cual, para enfrentar y resistir al adversario, tuvo que concentrar y limitar libertades que originaron corrupciones y tiranías. Esta experiencia ha terminado. Entra en crisis el socialismo real perfilándose, paradójicamente, la vuelta del capitalismo salvaje, con olvido de la experiencia de los problemas que dieron origen a tal socialismo. Esto es, vuelta al pasado sin resolver los problemas que originaron el socialismo y su corrupción. Se vuelve a hablar de modernidad. Al parecer la misma modernidad que el siglo XIX sacrificó a los más en beneficio de los menos. La modernidad bajo el control de los más aptos con sacrificio de los considerados como ineptos. El viejo darwinismo, que trató de superar el socialismo sólo para dar origen a otras formas de corrupción de las relaciones entre los hombres que se supone serían ahora superadas. ¿Empezar otra vez como si nada hubiese pasado? ¿Otra vez la vuelta a la noria?

En la Europa del Este se ha puesto fin a varias décadas de tiranía originadas en la corrupción de un socialismo que canceló libertades. Pero esta experiencia y triunfo de la libertad no anulan la vieja experiencia de la lucha por otras libertades que aún no alcanzan su logro. Han caído los muros y murallas en Europa para no dejar salir, pero no han caído los muros y murallas que desde el mismo inicio de la conquista y la colonización de esta América y el resto del mundo se levantaron para no dejar entrar a los pueblos conquistados y colonizados para que no perturbasen la prosperidad y felicidad de conquistadores y colonizadores. Los muros para no dejar entrar siguen en pie. Y otros muros se preparan en esta misma Europa para que pueblos de otras regiones de la tierra no perturben la insular libertad y prosperidad que se están levantando con la caída de los muros para no dejar salir.

La experiencia de la libertad de los pueblos que forman la América que a sí misma se llama Latina cumplirá pronto quinientos años. Más allá de la experiencia de los setenta y tantos años de libertad de la Europa del Este, está la experiencia de pueblos, los de la América primero bajo dominio ibero que terminó al principiar el siglo XIX, con la independencia de los mismos. Y a partir de esta

independencia el inútil afán por ser parte del mundo moderno, por ser como los Estados Unidos de Norteamérica o como la Europa al otro lado del Atlántico. Pueblos en Norteamérica y en Europa nada dispuestos a compartir libertades, riqueza y prosperidad. Por ello, lejos de ser como los Estados Unidos o como Europa, los pueblos de la llamada América Latina fueron tan sólo objeto de nuevas formas de dependencia. Es en el siglo xx que surge otra opción, la que presentaron los pueblos que adoptaron el socialismo como respuesta a la injusticia de la modernidad del capitalismo salvaje. Pero esta opción ha terminado. Latinoamérica vuelve a quedarse sola para buscar, ahora, dentro de sí misma, la solución a sus problemas y la realización de sus viejos reclamos de libertad de sus hombres y autodeterminación de sus pueblos.

Sin embargo, es en nombre de la libertad que se ha logrado en la Europa del Este que se pretende poner fin a la vieja experiencia de la libertad en la América Latina. En lugar de abrirse los muros a esta región, que se alza para que no perturbe a la nueva insular de libertad y prosperidad, se agregan muros para impedir la entrada. Junto con las piedras del muro de Berlín parece deberse los sueños de libertad de los pueblos de la América Latina. Los esfuerzos para afirmar la libertad se concentran ahora en Europa, con olvido de lo que se ha venido haciendo en América Latina y en otras regiones de la tierra bajo las mismas circunstancias. Así, lejos de romperse soledades se aumentan las mismas, con olvido de toda solidaridad en la formación limitada que llevó a que en el pasado inmediato acabaran enfrentándose bloques frente a bloques.

La filosofía en América Latina mantiene como problemática la vieja problemática que la filosofía considerada universal tuvo desde sus inicios, la vieja problemática respecto de la convivencia del hombre con la naturaleza y con los otros hombres, sus semejantes. Obligada por ello a crear una física que le enseñe a convivir con su entorno natural sin destruirlo, y una política que le enseñe a convivir con sus semejantes sin ver en ellos parte de la naturaleza por explotar o destruir. La expropiación hecha por el hombre sobre su entorno natural le sitúa ahora al borde de la catástrofe, a lo que puede dar origen la misma naturaleza objeto de tal expropiación. Igualmente sucede con el entorno humano. Los hombres se niegan ya a seguir siendo considerados como parte de la naturaleza por explotar, y como hombres reclaman su reconocimiento de tales en el contexto universal de lo plenamente humano. Tales son ahora los problemas para un filosofar como el latinoamericano de nuestros días, como

lo son también para cualquier otro auténtico filosofar, partiendo de su propia e ineludible realidad. No se trata ya de saber qué somos, pues somos hombres como todos los hombres, sino de saber cómo hemos de convivir con otros hombres, con nuestros semejantes, en una relación que no puede ya ser la de dependencia, sino de obligada solidaridad. Tal debe ser el filosofar de nuestros días, la filosofía latinoamericana y universal cualquiera sea su origen.